



AMSAFE LA CAPITAL

Ciclo de Formación *Abriendo Puertas*

Sexto Encuentro: Escritoras argentinas, ¿olvidadas?

Textos para compartir

Virginia Bolten

(de “Chicas bravas”, Moira Soto, Página 12, Suplemento Las 12)

Entre estas aguerridas luchadoras (a fines del SXIX, en Argentina), se recorta con fulgor propio el perfil de Virginia Bolten, nacida en San Luis, obrera de una fábrica de zapatos en Rosario, luego trabajadora en la Refinería Argentina de Azúcar. Ella, a los 20, marchó a la primera manifestación del 1º de Mayo, arengando a la gente y portando una bandera negra con la leyenda “Fraternidad Universal” en letras blancas. Ella, Virginia Bolten, fue la fundadora del periódico La Voz de la Mujer, de neta inspiración anarcofeminista, pionero en su estilo en Latinoamérica: hecho por mujeres para mujeres, bajo la terminante consigna “Ni dios ni patrón ni marido”.

“Hasteadas de pedir y de suplicar, de ser el juguete, el objeto de placer de nuestros infames explotadores o viles esposos, hemos decidido levantar nuestra voz...”. Y a los hombres les zampaban: “Si vosotros queréis ser libres, con mucha mayor razón nosotras, doblemente esclavas de la sociedad y del varón, ya se acabó aquello de: Anarquía y libertad, las mujeres a fregar. ¡Salud!”

<https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/las12/13-5787-2010-06-18.html>

Juana Manso

“Llegará un día en que el código de los pueblos garantizará a la mujer los derechos de su libertad y de su inteligencia. La humanidad no puede ser retrógrada. Sus tendencias son el progreso y la perfectibilidad; por eso la mujer ocupará el lugar que le compete en la gran familia social. Su inteligencia, cultivada, mejorará las facultades morales y la hará ejercer la inevitable influencia que le da la naturaleza en los grandes destinos de la humanidad; sí; porque la misión de la mujer es seria y grandiosa. El hombre, empero, hace la guerra a la naturaleza. Es así, como obstinado, niega a la mujer sus derechos y su inteligencia, y no puede conformarse a su papel de tirano”.

Virginia Woolf

Fragmentos de *Un cuarto propio*

“Me pregunto a mí misma, cuáles eran las condiciones en las que vivían las mujeres; porque la novela, es decir el trabajo imaginativo, no se desprende como un guijarro, como puede suceder con la ciencia; la novela es como una telaraña ligada muy sutilmente, pero al fin ligada a la vida por los cuatro costados. A veces apenas se percibe la ligadura (...) Pero basta tirar de la telaraña en los bordes o desgarrar el centro, para recordar que esas telas no han sido tejidas en el aire por seres incorpóreos, sino que son el trabajo de criaturas dolientes, y que están ligadas a cosas burdamente materiales, como la salud, el dinero y las casas en las que vivimos.”

“Uno entra en un cuarto; pero habría que fatigar los recursos del idioma inglés, y bandadas enteras e ilegítimas de palabras tendrían que nacer a la vida antes que una mujer pueda decir lo que sucede cuando entra en un cuarto. Los cuartos difieren tanto; son tranquilos o atronadores, dan al mar, o dan a un patio de cárcel; tienen ropa colgada a secar; o están vivos con ópalos y seda; son duros como crin o blandos como plumas. Basta entrar en un cuarto de cualquier calle para que toda esa fuerza extremadamente compleja de la feminidad salte a la vista. ¿Cómo podría ser de otro modo? Porque las mujeres han estado sentadas ahí dentro, todos esos millones de años. Ahora las paredes están impregnadas de su fuerza creadora, que ha superado de tal modo la capacidad de los ladrillos y de la argamasa que ahora debe atarearse con plumas y pinceles y negocios y política. Pero ese poder creador difiere mucho del poder creador de los hombres. Y debemos admitir que sería una pena si lo obstruyeran o lo tiraran, porque fue ganado con siglos de la más severa disciplina, y no hay nada que pueda reemplazarlo”

Nora Lange

Fragmentos de *Cuadernos de infancia*

“Tres ventanas dan sobre mi niñez. La primera corresponde al escritorio de mi padre. Las pocas veces que entramos en ese cuarto, nos sentimos algo cohibidas frente a los muebles severos, de cuero frío y resbaladizo, y las paredes cubiertas de planos y mapas de distintos países. Presentíamos que allí sólo se llegaba para conversar de cosas serias o cuando era necesario despedir a algún peón, a algún sirviente. De su mesa de trabajo sólo recuerdo el enorme globo terráqueo que, a veces, mi padre hacía girar ante nosotras para que descubriésemos, de inmediato, a Noruega e Irlanda. En un armario se amontonaban flechas, arcos, pipas y collares que los indios le habían regalado en sus diversas expediciones y que nos permitía curiosear de vez en cuando.

Al irnos a dormir divisábamos desde nuestras puertas, una raya de luz, poco confortable, poco llamativa, en el umbral de la suya. Era la hora en que mi padre escribía, y sólo la madre, con su dulzura permanente, solía entrar para conversar con él.

Cuando su ventana se ilumina, de pronto, y se queda inmóvil en algún recuerdo, me parece que tiene la tristeza de esos encabezamientos de cartas, interrumpidas no se sabe por qué motivo, y que uno encuentra, mucho tiempo después, en el fondo de algún cajón.

La ventana de la madre era más acogedora. Pertenece a un cuarto de costura. En las casas donde hay muchos chicos, los cuartos de costura siempre son los más dulces, los más buscados. Ante los costureros desbordantes de cintas y puntillas contemplábamos, con frecuencia, ropita que no era de nuestro tamaño. Nunca pensamos que alguien podría llegar, de repente, después de nosotros. La madre pasaba largas horas en el cuarto de costura, tejiendo o bordando cosas minúsculas. En ese cuarto parecía más accesible, más dispuesta a que se le contara todo, de tal modo que al llegar, las menores, a los trece o catorce años, comprendimos que hubiera sido más fácil decirle, allí, el miedo, la vergüenza, la fealdad, la tristeza de esa edad incómoda. Las tres mayores lo alcanzaron. Susana y yo no tuvimos esa ternura: una ventana tan escondida, una luz tan adecuada para disimular el rubor, las ganas de llorar y el encono, la sensación de sentirse separado de los otros por una enfermedad contagiosa. Su ventana mantuvo siempre la luz que conviene a los niños. No he visto otra, después. Los niños llegan a cuartos donde no se les espera, cuartos no contruidos para ellos; se les confecciona la ropita en patios desnudos, en dormitorios habituados a otras presencias, a otras ternuras, a otros recuerdos, o a la hora del té, mientras se conversa con las visitas, en ratos de ocio que distraen cualquier fervor. He visto tantas mujeres que no cambian el tono de su voz, que continúan ejecutando los mismos gestos, permitiendo bromas sobre su aspecto o procurando disimularlo, mirando la vida sin mayor o menor desgano, como si lo que llevaran dentro no les bastara para comprender que viven el enorme regocijo de tener un niño: como si un niño que ha de nacer entrara en el plan de cada día y no hubiera que apartar todos los días y todas las noches que dura esa espera, para poder hablar de ella, más tarde, con un gesto separado del que se emplea al comentar los demás acontecimientos.

Mi madre era diferente. Mi madre no tejía los escaarpines ni los mantillones en los ratos de ocio. El ocio lo constituían las otras cosas. Vivía la responsabilidad de lo que esperaba y lo esperaba todo el día, toda la noche. Al entrar a ese cuarto, impregnado de ternura, era como si cambiase de aire, de gestos. Todas las veces que yo la vi aislarse en esa pieza, para coser cosas tan

chiquititas, tenía esa mirada un poco agrandada y triste, de tanto mirar hacia adentro, como la que he visto, después, en los que han estado mirando el mar. Cuando jugábamos en el jardín, su lámpara, un poco soñolienta en invierno, nos aseguraba su presencia. Ignorábamos que de un día para otro habría otro nombre en la casa, otra boca que besar antes de acostarse.

La tercera ventana era la de Irene. Yo siempre tuve por ella un poco de admiración y un poco de miedo. Me llevaba seis años. A veces le permitían que se sentara a la mesa, en el comedor grande, cuando las visitas eran de confianza. Mis hermanas mayores hablaban de ella, en voz baja. Le habían sorprendido secretos y, al comentarlos con un tono regocijado y misterioso, se hallaban muy lejos de creer que pronto les llegaría el turno también a ellas. Susana y yo, las menores, no éramos suficientemente perspicaces para adivinar el motivo de esos largos cuchicheos. Una tarde las oí hablando de pechos. Cuando lo pienso, comprendo el miedo que habrá sentido, solita, la primera, al ver que su cuerpo se curvaba, que la caja torácica perdía su rigidez, que los senos comenzaban a doler y a moverse imperceptiblemente.

De su ventana, siempre esperábamos las más grandes sorpresas. Irene nos hablaba de raptos, de fugas, de que alguna mañana se iría con su bultito de ropa, como Oliver Twist, porque en casa no la querían, o porque alguien la aguardaba afuera. Quizá por eso su ventana siempre me pareció misteriosa.

Una noche, cuando todas nos hallábamos acostadas, Irene vino hasta mi cama para despedirse. Envuelta en una manta, traía un atadito de ropa al brazo. Me habló con una voz compungida y me anunció que se marchaba porque nosotros la tratábamos mal y era muy desdichada.

Yo pensé en seguida en la ventana. Pensé que había llegado el momento. Me levanté y la seguí, llorando. Mucho rato después, los labios de Marta, arrepentidos, me dejaron entrever que era una farsa.

Entonces su ventana desapareció, despacito, hasta parecerse a las otras.”

Silvia Molloy

Varia imaginación

“Últimas palabras

Hace un par de años, en la ciudad de México, visité la casa de Trotsky con mi amiga Miriam. Compramos las entradas, salimos al jardín para comenzar la visita, y se nos acercó una muchacha que se ofreció de guía. Al comienzo le dijimos que no pero como insistió cedimos. Nos llevó de sala en sala de esa casa más bien tristonera, testigo de una muerte que se rememora cotidianamente, y a medida que avanzaba la visita la muchacha, con escasa sutileza, iba preparando el gran momento, montando el suspenso, cargando las tintas para, una vez llegadas al escritorio, tener toda nuestra atención. Entonces la muchacha floreció. Nos explicó prolijamente donde estaba sentado Trotsky, donde, detrás de él, estaba de pie Mercader, “el traidor de la humanidad”, y cómo había sido el golpe fatal. Nos dijo que Trotsky había gritado: que desde el cuarto vecino había acudido Natalia Sedova, su mujer, para auxiliarlo; que Trotsky había alcanzado a decirle, antes de que lo llevaran al hospital donde murió (y aquí la muchacha

ahuecaba la voz): “Esta vez lo han logrado, Natalia, pero seguirá viviendo nuestra causa que es la causa de todos los pueblos”, etc., etc. Me encantó ese dudoso parlamento final enunciado con tanto sentimiento, parlamento para el cual Trotsky habría necesitado mucho más aliento del que sin duda disponía después de la certera puñalada de Mercader. Dimos una propina a la muchacha.

El placer retórico de perfeccionar lo que habrán farfullado (o no) los hombres célebres (porque nunca las mujeres, salvo Juana de Arco) al sentir que morían, “Muero contento, hemos batido al enemigo”, “¡Ay, patria mía!”, “España, voy a España” (o su alternativa menos comprometida, “Palais Royal”), “Más luz”, “Bajen la luz”, o “Rosebud”, es innegable. Más tarde leí en algún lado que las últimas palabras de Trotsky a su mujer, ya en el hospital donde en vano trataron de salvarlo, fueron “No dejes que me desvistan ellos, desvísteme tú”. Por su patética intimidad resultan más satisfactorias. Nada asegura, sin embargo, que sean menos apócrifas que las que recita la muchachita mexicana, a diario, en su museo.”

Susy Shock

Poemario Trans Pirado

“Yo, yo pobre mortal! Equidistante de todo. Yo DNI 20598061. Yo primer hijo de la madre que después fui, vieja luna de esta escuela de los suplicios, amazona de mi deseo, perra en celo de mi sueño rojo. Yo reivindico mi derecho a ser un monstruo, ni varón, ni mujer ni XXY ni H₂O. Yo monstruo de mi deseo, carne de cada una de mis pinceladas, lienzo azul de mi cuerpo, pintora de mi andar, no quiero más títulos que encajar, no quiero más cargos ni casilleros, ni el nombre justo que me reserve ninguna ciencia. Yo mariposa ajena a la modernidad a la posmodernidad a la “normalidad” oblicua, silvestre, bizca, artesanal. Poeta de la barbarie con el humus de mi cantar, con el arcoíris de mi cantar y con mi aleteo reivindico mi derecho a ser un monstruo y que otros sean lo normal, que el Vaticano normal, el credo en Dios y en la Virgísima normal, los pastores y los rebaños de lo normal, el Honorable Congreso de las Leyes de lo Normal. Yo sólo llevo las prendas de mis cerillas, el rostro de mi mirar, el tacto de lo escuchado y el gesto avispa de besar. Y tendré una teta obscena de la luna más perra en mi cintura, y el pene erecto de las guarritas alondras y siete lunares, setenta y siete lunares, qué digo!: setecientos setenta y siete lunares de mi endiablada señal de crear mi bella monstruosidad, mi ejercicio de inventora, de ramera de las torcazas, mi ser yo, mi ser yo entre tanto parecido, entre tanto domesticado entre tanto metido de los pelos en algo, otro nuevo título que cargar, baño de damas o caballero, nuevos rincones para

inventar, yo transpirada, mojada, nauseabunda, gérmen de la aurora encantada de la que no pide más permiso y esta rabiosa de luces mayas, luces épicas, luces parias, menstruales, marlenes, dianasacayanes. Sin biblias, sin tablas sin geografías sin nada, solo mi derecho vital a ser un monstruo o como me llame o como me salga como me pueda el deseo y la fucking ganas mi derecho a explorarme, a reinventarme. Hacer de mí mutar mi noble ejercicio, veranearme, otoñarme, invernarne las hormonas, las ideas, las cachas y toda el alma, Amén.”

<https://susyshock.blogspot.com/2010/02/yo-pobre-mortal-equidistante-de-todo-yo.html>